



Sierra de Aralar

Por JUAN GURRUCHAGA

Premio Meritorio del II Concurso de Literatura de Montaña «Trofeo José María Peñiña»

¿Quién no conoce la Sierra de Aralar? ¿Existe acaso algún montañero de nuestra región que no haya recorrido una y otra vez los senderos que atraviesan sus praderas y sus bosques? Pocas zonas montañosas del País Vasco serán tan conocidas y visitadas como esta legendaria Sierra.

Existen varias publicaciones que se ocupan de la descripción de los itinerarios de acceso y que describen las principales travesías; en la prensa han aparecido en distintas ocasiones artículos que versaban sobre la Sierra de Aralar; no existe Sociedad montañera que se precie, que deje de organizar, por lo menos, una excursión colectiva anual a uno u otro punto de este macizo montañoso.

Este fenómeno obedece a diversas causas: facilidad de comunicaciones, facilidad de accesos, diversidad de panoramas, y . . . , belleza de la Naturaleza. Porque la Sierra de Aralar es hermosa.

Vacía de sentido es la palabra hermosa, para definir nuestro Aralar. Pero quien la haya recorrido —no me refiero ahora a aquél que haya pasado un día apresurado, a marchas forzadas, en lucha contra el reloj para poder alcanzar a tiempo una cima puntuable— quien la haya recorrido, digo, una y otra vez, despacio, regodeándose con el espectáculo de la Naturaleza; quien haya visto los amaneceres y asistido a las puestas de sol; el que ha tenido la suerte de recorrer las praderas a la luz de las estrellas; quien haya soportado una tormenta en pleno descampado; aquél que se haya hundido en la nieve invernal, hollado la hojaresca en otoño, aspirado las brisas primaverales y agostado en el tórrido verano; quien ha tenido la suerte de conocer Aralar bajo todos sus aspectos, amables o rudos, ese, precisamente ese, podrá dar su verdadero valor a la palabra «hermosa».

Normalmente, Aralar es accesible a toda clase de personas: el alpinista experimentado encuentra terreno donde explotar sus facultades; el montañero y el andarín pueden alcanzar sin dificultad cualquier rincón de la Sierra. Y —desgraciadamente para el amante de la montaña—, cualquier persona puede llegar al mismo centro de la Sierra. . . ¡en automóvil!, utilizando la carretera forestal.

Más de una vez nos ha ocurrido: llegábamos a la Casa Forestal, cargados con nuestras mochilas, después de varias horas de marcha. Y al salir al lindero del bosque, nos tropezábamos con personas mayores, con niños y hasta con señoras cal-

zadas con tacón alto. . . triste visión para nosotros, que hubiésemos deseado egoístamente en aquellos momentos, que el bosque del Realengo fuese inaccesible para aquellos que no sintieran muy dentro el profundo amor a la montaña que nosotros profesábamos, y que no se hubiesen fundido en el crisol del montañismo puro.

* * *

Aralar es un trinomio de rocas, praderas y bosque. Con estos tres elementos, la Naturaleza ha formado una variedad de paisajes, una diversidad de aspectos, y una serie de maravillosas panorámicas que complacen al espíritu más selecto.

ROCAS.—Las rocas calizas afloran por todas partes; hay cumbres rocosas y cumbres herbosas. Pero la roca sobresale por doquier, incluso en el centro de las praderas. Carcomida por las inclemencias del tiempo, desgastada por la lluvia y el viento, reventada por la fuerza del hielo, rajada en ocasiones por el rayo, se presenta recortada, despedazada, desgarrada. Al pie de los derrumbaderos se halla desmenuzada, en trozos irregulares de aristas redondeadas. Existen zonas extensas de Karst, donde el agua ha formado numerosos hoyos y hondonadas.

PRADERAS.—Todo el centro de la dilatada Sierra es una meseta cubierta en parte por espeso bosque, y en parte por la pradera de corta hierba. ¡Praderas de Aralar! Las lomas de mullida hierba se extienden en ondulaciones más o menos pronunciadas; algunas de ellas, más elevadas, constituyen verdaderas cumbres que dominan el panorama idílico, donde los rebaños de ovejas pastan la sabrosa hierba.

La travesía de las praderas supone un recorrido inolvidable. Siguiendo el curso del sinuoso riachuelo por la vaguada que forma entre las lomas, o ascendiendo los altozanos que se repiten en olas sucesivas, el panorama recuerda los paisajes del lejano Oeste, impresión que se acrecienta cuando se percibe en lontananza el perfil acusado de un caballo, inmóvil, en la arista de una loma.

BOSQUE.—El bosque ocupa la zona central y sur de la Sierra. Las hayas forman la mayor parte del umbroso arbolado que en apretados grupos cubren gran parte de la Sierra.

A trechos existen algunos claros naturales: y, desgraciadamente, existen también calveros artificiales, donde la tala ha abatido árboles centenarios para aprovechamiento humano.

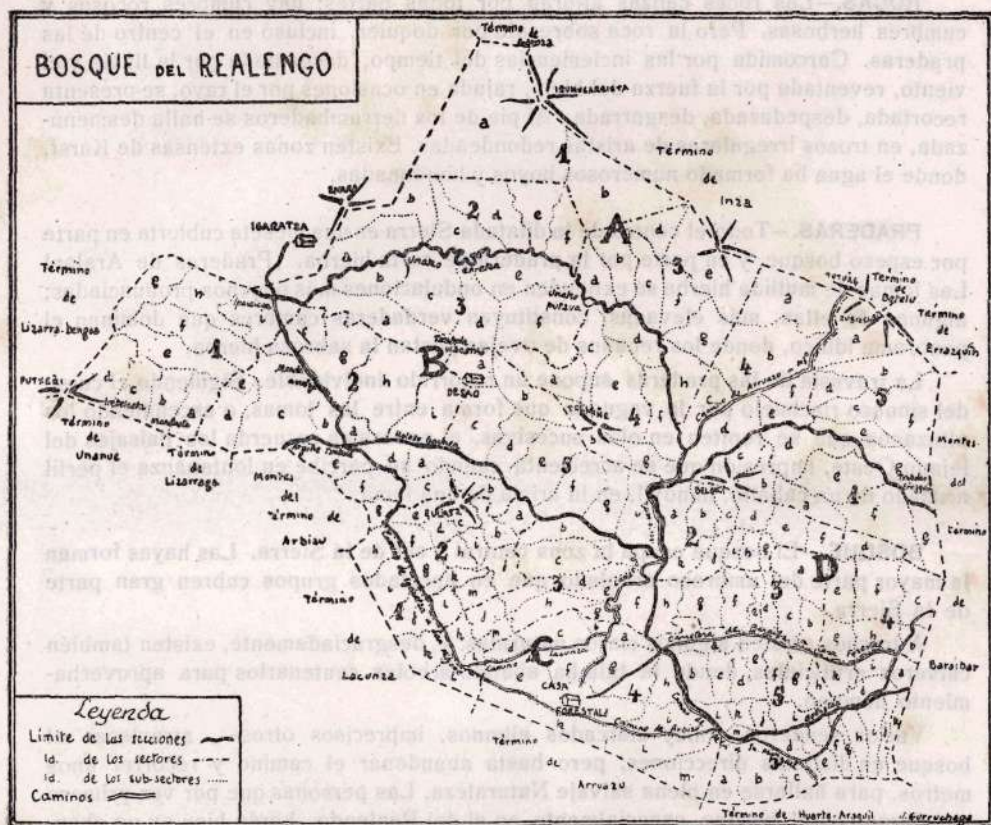
Varios senderos —muy marcados algunos, imprecisos otros—, atraviesan el bosque en distintas direcciones; pero basta abandonar el camino y recorrer unos metros, para hallarse en plena salvaje Naturaleza. Las personas que por vez primera se internan en el bosque, especialmente en el del Realengo, harán bien en no abandonar los marcados caminos. Pero una vez conocido el macizo, no hay placer comparable al de internarse entre la arboleda, salvando obstáculos, contorneando hoyadas y saltando sobre las ramas caídas y tocones resacos, hasta perder completamente la noción del lugar donde uno se encuentra. Entonces es cuando hay que poner en juego el sentido de la orientación, o cuando hay que desarrollar la atención para localizar las marcas que nos llevarán al camino conocido.

Porque el bosque del Realengo, para su explotación maderera, se halla dividido en 4 secciones, subdivididas a su vez en sectores y sub-sectores. Cada uno de ellos tiene una letra y número distintivos, marcados en los árboles del contorno de cada parcela. Así es que, conociendo estas señales, no hay cosa más fácil que orientarse.

Las secciones están señaladas con las letras A-B-C-D.

La primera se extiende, al N., desde el límite de Guipúzcoa con Navarra, cerca de Irumugarrieta, hasta Trinquete-txulo o paso de Abetegaña, más allá del Tuturre, siguiendo sensiblemente el cresterío de las Malloas. Al E., pasa cerca de Ezantza hasta las txabolas de Errazkin, alcanzando el camino que atraviesa los prados, camino que le sirve de límite al S. hasta llegar al que va de Arruazu a Inza; al O., su límite es el Unako-erreka y una línea quebrada que, partiendo cerca de Igaratza, termina en Irumugarrieta.

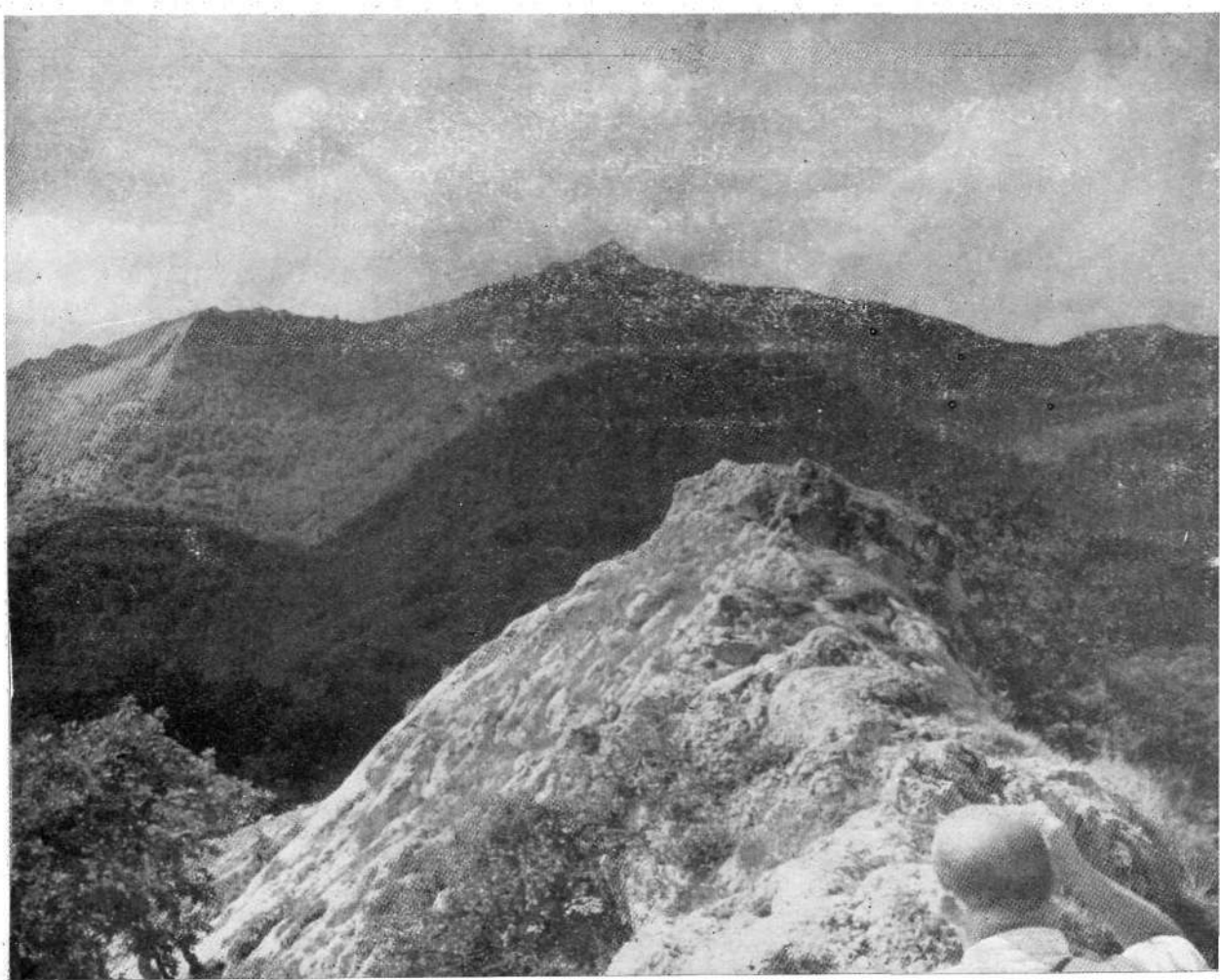
La sección B se halla debajo de la A, sirviéndole de límite por tanto, al N., el Unako-erreka. Al O. llega hasta el Putxerri, prolongándose su límite hasta Argiñe-



txabola; sigue por Kolosabarnea, y dejando al S. las estribaciones del Eulatz, termina en el camino de Mugardi que le sirve de borde al E.

La sección C limita al N. con la B; al S., pasa por la cresta de los montes de los términos de Arbizu, Lacunza, Arruazu y Huarte-Araquil, paralelamente al camino de Igaratza a San Miguel; al E., el camino de Mugardi hasta el hermoso raso de Albi, donde el borde lo forma el camino de Albi a San Miguel, que abandona en la valleja de Belzátán.

Por último, la sección D, encastrada entre las A, B y C, limita al E. con el término de Baraibar, en línea sensiblemente recta.



(Foto F. Ripa)

SAN MIGUEL y ALTXUETA.



Desde Intze-ko Torrea (Irumugarrieta). De izquierda a derecha, Aldaon, Mallo-zarra y Urreako-aitze.



El pastor «Lapatza» en Txindoki. De izquierda a derecha, Zuparregi, Artubi, Orin y Uakorri.

(Fotos J. Elósegui)

Cada una de estas 4 secciones se divide en 5 sectores, cada uno de ellos con su número: 1, 2, 3, 4, 5; y cada sector, a su vez, en sub-sectores que se distinguen por las letras a, b, c, d. . . El número de sub-sectores oscila entre 2 y 13.

En la intersección de los sectores, secciones o sub-sectores figuran las señales distintivas marcadas en los árboles, así es que la indicación **C-5-a** nos indicará, por ejemplo, que nos hallamos al borde del camino de San Miguel, cerca ya de Azurtakolang (lugar donde termina el bosque del Realengo), y a poca distancia del cruce del camino de Arbizu, que habremos dejado atrás.

El pasear bajo el dosel de verdura un día caluroso, es una experiencia maravillosa: el bosque conserva siempre un húmedo frescor que alivia la temperatura ambiente. Al anochecer, los últimos rayos solares filtrándose por entre el ramaje, dibujan caprichosas sombras en los troncos seculares; y el gorjeo de las aves pone el toque romántico en el silencio de la espesura, solamente turbado por el murmullo de las hojas acariciadas por la brisa.

* * *

La Sierra de Aralar, que ocupa unos 50 Kms.², se halla a caballo sobre los límites de las provincias de Guipúzcoa y Navarra. La línea divisoria de las dos provincias cruza por las cercanías de la cumbre más alta del macizo, «Irumugarrieta».

La Sierra adopta toscamente la forma de una bota. La parte de la puntera, que corresponde a la zona Sureste y E., es la de más fácil acceso, y se levanta en repliegues relativamente suaves, con profundos valles de penetración, como el de Ata y Baraibar, por donde discurre la carretera forestal que llega al centro del bosque.

La zona Sur (suela de la bota) se levanta de golpe sobre el valle de la Burunda, con un solo corte, que separa la Sierra propiamente dicha de la roca de Madalen.

La parte correspondiente al empeine es la más espectacular, ya que formando semicírculo se encuentran, dominando al valle de Araiz o de Inza, las cimas más elevadas de la Sierra. El cresterío se levanta, cortado a pico en muchas partes, recortándose las bravías siluetas de las cumbres que en esta zona alcanzan las mayores alturas.

Los límites N. y O. son de perfil más suave. A pesar de ello, el Txindoki domina al caserío de Amézqueta con un desnivel de más de 1.000 metros, que se levantan casi de golpe. En Lizarrusti, por el contrario, la carretera trepa hasta la mitad de la altura de los picos más altos de esta región.

Dado el gran perímetro que comprende la Sierra de Aralar, muchas son las vías de acceso a su interior. No obstante, aquí se mencionan solamente las más importantes.

Del valle de la Burunda puede decirse que parte un camino de cada núcleo de población. Los más practicados son: de Huarte-Araquil a San Miguel, dos caminos, siendo el más frecuentado el de Olatxiki. De Arruazu y de Lacunza, parten dos caminos y ambos finalizan en la Casa Forestal.

De la carretera de Ataun a Lizarraga, y antes de llegar a este lugar, se desprende un camino que desemboca en el que recorre la Sierra, de Igaratza a San Miguel. Otro, muy frecuentado, es el que desde el mismo alto de Lizarrusti llega al refugio de Igaratza.

De Madoz, y por el valle de Ata, se alcanza el Santuario de San Miguel. Iribas y Baraibar tienen también marcados senderos, siendo esta última villa inicio de la carretera que finaliza frente a la Casa Forestal, uno de los caminos más utilizados por los excursionistas.

Del valle de Inza, a pesar de su desnivel, parten varios caminos de penetración en la Sierra aprovechando los diversos pasos o collados existentes, y que tienen su comienzo en Azkarate, Uztegui, Gainza, Inza y Betelu.

Por fin, en la parte guipuzcoana, Ataun, Zaldivia, Abalcisqueta y Amézqueta, son los principales puntos de inicio del ascenso.

Amézqueta es el *Chamonix* guipuzcoano, punto de partida por excelencia para las excursiones por el macizo. Tres son los caminos que partiendo de Amézqueta se introducen en la Sierra de Aralar.

El de Larraitz, ermita dedicada a la Virgen de los Remedios o Nuestra Señora de Larraitz, y situada al pie del Txindoki. El camino, muy marcado, después de atravesar un bosquecillo de pinos asciende por la ladera del pico más visitado de la región. Rodeando al Txindoki por su falda derecha, subiendo en continuos zig-zags, alcanza por fin las praderas donde se encuentran las majadas de Egurral y Beltzulegui.

El de Aritzaga, comunmente denominado «camino de minas», que se interna por la barranca de Aritzaga donde existen las instalaciones de antiguas minas de cobre. El paso abierto en la roca viva, es áspero, y hermoso el paisaje que se divisa. Tras cruzar el torrente, el camino se interna en la estrecha garganta, desembocando ya en las praderas, junto a las «cucharas», charcas de agua increíblemente transparente que cae de una a la otra formando peldaños de agua fresca.

El de Urzábal, el menos frecuentado y más bravío y salvaje de los tres, se interna entre el Txindoki y el Larraone que aquí presenta su faz más hosca. Arriba, tras cruzar la cascadita de Muite, el panorama se ensancha en las dilatadas praderas donde no existe sendero aparente.

Tomando como centro de operaciones la Casa Forestal del Aralar, estratégicamente situada en el cruce de cuatro caminos (bajada a Lacunza y carretera a Baraibar), dos son los caminos principales que, atravesando el bosque, alcanzan los límites de la serranía. El de Igaratza a San Miguel, y el de Mugardi o Bustintza.

El primero de ellos (continuación del de minas), tras cruzar unos descampados se interna en el bosque, atravesando zonas de belleza sugestiva. El raso de Kolosabarnea es una de las zonas más hermosas de este recorrido. Después de pasar frente a la Casa Forestal, el camino, ascendiendo un inclinado repecho, alcanza el borde exterior de la Sierra, cara al valle de la Burunda, donde la mirada se pierde en el anchuroso y extenso panorama.

El segundo, tras internarse por las pistas abiertas para la explotación maderera, cruza un estrecho desfiladero y alcanza las dilatadas praderas del Beloki.

Sea cual fuere el camino que se tome, no se dejará de cruzar por algún rincón que lleve consigo su leyenda o su historia. Leyendas que por harto sabidas no son menos interesantes. Y lo que no se dejará ver es la belleza de sus paisajes, ya que la Naturaleza ha creado sus obras de arte prodigándolas a manos llenas.

* * *

La Sierra de Aralar presenta el aspecto de una elevada meseta, encuadrada en una serie de montañas que la bordean.

La misma meseta central no es uniforme, sino que se halla surcada por elevaciones y desniveles más o menos marcados.

Simplificando el fenómeno orográfico, se pueden distinguir las siguientes zonas: una, oriental, de cimas continuadas, que forman la cadena denominada de las Malloas;

otra, central, que forma un semicírculo desde el Auza Gaztelu al Irumugarrieta; la septentrional, que cierra la meseta al N., con ramificaciones que se adentran en sentido sensiblemente NO. - SE.; la meridional, dividida en dos zonas, y las cumbres dispersas que se encuentran en el interior del macizo.

ZONA ORIENTAL.—Las Malloas se extienden en forma continua entre Guipúzcoa y Navarra. Es la parte más agreste y ruda de la Sierra, de aspecto en general más inaccesible, ya que sus montañas están en gran parte cortadas con gran desnivel del lado del valle. Comienzan con el Balerdi (o Mallo-Zar), prosiguiendo con el Zabalegui, Artubi (o Ardigain), Uakorri, Beoin, Aldaon, Irumugarrieta, Mendi-aundi, Pallardi, Atallorbe, Malcocor, Tuturre, Alborta, Zubizelai, Putreaitz y Muzkur.

El ascenso a estas cimas es fácil desde el interior de la Sierra, alcanzándose la mayor parte de ellas, protegidas por múltiples ramificaciones, desde las praderas de Unaga. Existen varios pasos que toman los senderos que descienden a los pueblos del valle de Inza: Astunalde, entre Ardigain y Uakorri; Oa, entre este último y el Beoin; el collado Baratzail entre el Aldaon e Irumugarrieta; el paso de Mendi-Aundi, junto a la cumbre del mismo nombre; el de Illobi, entre Atallorbe y Malcocor; el de Abetegaña, entre el Tuturre y el Alborta; y entre éste y el Zubizelai el paso del mismo nombre.

ZONAS CENTRAL Y SEPTENTRIONAL.—Tres son las cumbres principales que forman la fachada de la Sierra: Ausa Gaztelu, Txindoki y Larraone. El primero se interna hacia el S., formando sus estribaciones el límite de los prados de Arrubi, y continuando con el Uarrain, de donde parte una ramificación, cortada por el collado de Irazusta-Iepoa, que se une al Gambo-txiki, prolongación a su vez del Txindoki.

El Larraone, seguido del Uzkuiti, Gambo, Pardarri y Otzanburu, están separados de las Malloas por la profunda depresión de Aritzaga, donde algunos han visto huellas de glaciario en remotas épocas.

El semicírculo que forma el sistema Ausa Gaztelu-Uarrain-Pardarri, tiene una réplica más al O., con los montes Aitzkoate-Sastari-Aleku-Akaitz: ambas cadenas se unen en la explanada de Peru-Leku, en Erenaga, junto al refugio de Igaratza.

ZONA MERIDIONAL.—El Putxerri, Debata y Artxueta son los principales picos de la región, que se prolonga al E. por el sistema Madalen-aitz, Peña Urbasa y Akier-Irumaga, entre los cuales se extiende el hermoso valle de Ata.

Además de estas cumbres existen otras en el interior de la Sierra, siendo las principales el Eulatz y el sistema Desamendi-Txemiñe-Beloki, separados estos últimos por el paso de Mugardi.

* * *

Hidrográficamente, y a pesar de su extensión, la Sierra de Aralar apenas si tiene importancia. El río Oria recoge las aguas de algunos arroyos que descienden de las cumbres, siendo el principal el de Aritzaga cuyo nacimiento se puede fijar en la fuente de Pardelutz.

En el interior, hay dos riachuelos principales que recorren la pradera; el primero de ellos desagua por la cascada de Muite hacia el pueblo de Amézqueta, mientras que el segundo se sume en tierra, en el Unako'ko putzua, en el centro de las praderas de Unaga, formando una balsa que sirve de abrevadero a las ovejas.

Existen abundantes fuentes de frescas aguas, siendo las más renombradas las de

Pardelutz, Egurral, Alotza e Iturbeltz en la parte guipuzcoana, y Frantzez-erreka, Mugardi, Albi y Ata en la parte navarra.

* * *

La niebla es el principal enemigo del montañero. Puede abalanzarse sobre el descuidado caminante en un abrir y cerrar de ojos. Entonces se encuentra uno sumido en un mundo hostil y silencioso, húmedo y frío, que hace perder la orientación e impide darse cuenta del lugar en que se halla. En Aralar, por su situación geográfica, este fenómeno es muy frecuente.

¿Quién, entre los asiduos visitantes de esta Sierra, puede decir que no se ha extraviado nunca en las praderas? Sin puntos de referencia, con visibilidad nula a más de una docena de metros, se puede vagar durante horas sin hallar el punto orientador que nos lleve a buen camino, girando quizá en círculo sin darse cuenta.

Y lo mismo que la niebla se arroja repentinamente, puede desaparecer con idéntica velocidad. Recuerdo una estancia en San Miguel: habíamos recorrido el bosque de parte a parte, envueltos en un misterioso velo de niebla que se filtraba por entre las copas de los árboles. En algún calvero ocasional, el velo se espesaba, dejando adivinar los contornos de los troncos que se esfumaban tan pronto como los dejábamos atrás. La niebla ahogaba los sonidos, y nos parecía flotar en un mundo silencioso y fantasmal.

Al llegar a los prados que desembocan frente a San Miguel, en el raso desprovisto de arbolado, la niebla nos envolvió en su húmedo manto. Veíamos a través de un humo espeso, y hasta nuestras voces sonaban distintas en la atmósfera gris y opaca.

Llegamos al Santuario, cuyos muros oscuros rezumaban humedad, y nos dirigimos hacia la «silla», el magnífico mirador colgado sobre el valle, invisible a nuestros pies.

Súbitamente, nos pareció que la nube que nos envolvía perdía su aspecto hosco y adquiriría lentamente un tono dorado. Arriba, muy arriba, fué tomando un color cada vez más claro, y de pronto, la luz del sol brilló esplendorosa, reflejándose en mil diminutos espejos formados por las gotas de humedad, colgando temblorosas en cada brizna de hierba.

El frente de brumas fué retrocediendo. Ante nosotros, entre perezosos jirones de niebla que se entreabrían, juguetones, el valle fué mostrándonos poco a poco sus encantos. Un trozo de algodón quedó flotando a media ladera del San Donato, que se iluminó con su contraste de luz y sombras, resaltando su perfil gallardo.

Abajo, un tren de juguete se arrastraba penosamente entre dos pueblos, y hasta nosotros llegó el lamento de su respiración estertorosa. Los campos de labor, de mil matices distintos, se extendían hasta perderse de vista en la lejanía, y la cuadrícula de las casitas blancas ponía otro tono de color en aquella apacible sinfonía.

Tumbados al sol, que ahora calentaba agradablemente nuestros miembros, paseamos la mirada una y otra vez por el paisaje de ensueño. Al fondo, un rebrillar nos indicaba la situación de Pamplona, mientras que a nuestra derecha un humo blanquecino que ascendía perezosamente en la atmósfera tranquila, nos señalaba donde se encontraba Olazagutía. Y sirviendo de telón de fondo al extenso valle, las Sierras de Urbasa y de Andía, rectas y alargadas, esfumándose en la distancia. Detrás de nosotros, el bosque siempre misterioso del Aralar. . .

* * *

Numerosas son las leyendas que tienen por escenario la Sierra de Aralar. De todas es conocida la de D. Teodosio de Goñi y su retiro voluntario al desconocido macizo.



Cumbres de Aralar.

(Foto Gurruchaga)



Planicies de Igaratza. De izquierda a derecha, Ontzanburu, Labeon'go punte e Igaratza (Peri-leku).

(Foto J. Elósegui)



Nieblas vespertinas desde Arañe-ko langa. De izquierda a derecha, Ganbo, Pardarri, Salin-gain, Ontzanburu, Labeongo punte, Etzaal y Refugio de Igaratza.



Desde el pico Uarrain. De izquierda a derecha, Auntzizegi, Txindoki y Arrubi.
(Fotos J. Elósegui)

El temor instintivo que en épocas antiguas despertaban las alturas, raramente visitadas, hizo que éstas se poblaran de monstruos imaginarios, guardianes permanentes y pavorosos de las regiones prohibidas. Ahí tenemos como ejemplo el dragón que D. Teodosio venció en buena lid.

Otras leyendas se refieren al carácter religioso de los moradores del país. Son leyendas sencillas e ingenuas, que despiden un delicioso perfume poético, y que han de ser escuchadas allá arriba, entre los riscos, y con el dosel del cielo azul sobre las cabezas, para que no pierdan nada de su gracia primitiva.

La leyenda de la roca de la Virgen (Amabirgiña-Arriya) es modelo de este género. Hoy día, existe una pequeña imagen de Nuestra Señora, empotrada en la roca donde se encuentra la huella del pie divino, y donde los pastores que han perdido una oveja ofrecen una limosna, reminiscencia quizá este acto de época gentilicia.

Otro tipo de leyenda es el que se refiere a **Mari, Mari**, en la mitología vascongada es tema que se repite en numerosas localidades. Aquí también se ha explayado la imaginación creando el mítico ser. La Dama del Putxerri, Txindokiko-Mari, etc. Según ciertas creencias y relatos, ha dado incluso su nombre a determinados lugares. En Aralar existe la caverna de Mari, «Marizulo», en el Txindoki. Normalmente, viene a ser una dama que cruza los aires durante las tormentas, bien arrastrada por caballos, bien despidiendo llamas, y que habita y se guarece en una cueva.

Por último, tenemos las leyendas de tipo amoroso: Pago-Mari, con la muerte de los dos amantes, y, de tipo guerrero: la piedra de Roldán.

La Sierra de Aralar ha sido habitada desde los tiempos más remotos. Perduran aún los vestigios de nuestros antepasados, y es fácil tropezar con los dólmenes que en abundante número pueblan el macizo.

La mayor parte de estos monumentos megalíticos han sido explorados, habiéndose hallado restos óseos, cerámica y ajuar doméstico. Algunos de estos dólmenes, reciben el nombre de los gentiles: «Gentil-arria» en el camino de Zaldivia, atribuyéndolos a obra de seres sobrenaturales, generalmente de estatura gigantesca.

Podemos figurarnos la vida del hombre prehistórico; hace aún menos de 200 años existían osos en la Sierra de Aralar, y lobos hasta época más reciente. Al internarse en el bosque del Realengo, puede uno imaginarse cómo sería hace varios siglos la Sierra, indómita, salvaje, e inexplorada, donde el hombre habría de luchar para su supervivencia.

La vida puramente cazadora del hombre primitivo ha ido evolucionando, y en la actualidad el pastor es el habitante semi-permanente de la serranía. Las extensas praderas proporcionan abundante pasto para el ganado ovino, que pasa la temporada en las alturas acompañado por los sufridos «artzayas». Al llegar el otoño, baja el ganado a los pueblos limítrofes, esperando la llegada de la primavera que derrita las nieves acumuladas durante el invierno.

Existen en Aralar numerosas majadas y txabolas pastoriles, que han servido muchas veces de refugio al montañero extraviado. ¿Quién no conoce las txabolas de Beltzulegui, Egurrall, Pardelutz, Lizarreta, Bustintza, Ormazarreta y tantas otras?

Además de estos lugares, típicamente pastoriles, existen en la Sierra los refugios particulares de «Igaratza» y «Desao», el refugio público de Igaratza, la Casa Forestal del Aralar, en pleno bosque, y el Santuario de San Miguel dominando el valle de la Burunda, en estratégica situación, lleno de historia y leyenda, donde puede admirarse un maravilloso retablo de bronce esmaltado que ha llamado la atención de muchos estudiosos.